

Jornada Nacional de Manos Unidas  
V Domingo TO Ciclo A  
8 febrero 2026.  
Is 58,7-10; 1 Cor 2,1-5; Mt 5,13-16

## **Homilía monseñor Cobo, Arzobispo de Madrid**

En un mundo de guerras y de desastres casi endémicos, donde la vida parece valer poco, hoy se nos plantea cambiar el paso; y si hay guerra, queremos que sea al hambre y a la injusticia. Porque el hambre no es un destino inevitable para la humanidad: tiene causas humanas y, por tanto, también soluciones que están en nuestras manos.

“Declara la guerra al hambre”. Con este lema Manos Unidas, como voz de nuestra Iglesia, nos pone ante dos realidades que nos estremecen: la guerra y el hambre.

Hoy existen más de cincuenta conflictos armados en el mundo, con cerca de cien países implicados. Y cada guerra es una fábrica de destrucción, pobreza y hambre. Sacarlas del anonimato es también despertar en nosotros el deseo que Dios ha puesto: deseo de paz, un deseo que habita el corazón de Dios y el de todo ser humano de buena voluntad. Será hoy buen momento de escuchar ese anhelo de paz que brota de nuestro corazón.

La paz no es solo ausencia de guerra. Es justicia, fraternidad, armonía social; es abrir caminos de desarrollo y esperanza para los pueblos.

Combatir el hambre no es solo repartir alimentos. Es defender la dignidad humana. No hablamos de gestos puntuales, ni de campañas que duran un día que tranquilizan la conciencia, sino de tocar la carne herida de Cristo que está en los pobres que padecen los efectos de la injusticia y la violencia. Hablamos de justicia, de fraternidad, de ponernos en camino hacia el proyecto de Dios para la humanidad, a su manera y con sus armas.

Esta es la única guerra que merece la pena: la que se libra con las armas de la justicia y del amor frente a las bombas del egoísmo personal y colectivo.

El Papa León, en un reciente discurso en la FAO, ha declarado que “el silencio de los que se mueren de hambre grita en la conciencia de todos. No podemos seguir así, ya que el hambre no es el destino del ser humano, sino su perdición. Nadie puede quedarse al margen de esta lucha; esta batalla, esta guerra, es de todos” (octubre 2025).

Por tanto, esta “guerra” nos reclama a todos para desterrar el hambre de este mundo.

“Declarar la guerra al hambre” no es, no puede ser, por tanto, un enunciado retórico, ni unas palabras hermosas. Debe ser para toda persona, pero de un modo particular para nosotros, seguidores de Jesús, una toma de postura ética, humana y cristiana al estilo del Evangelio. Dar batalla a la injusticia por un camino sencillo: la compasión, la

misericordia, el trabajo por la reconciliación entre personas y pueblos, siguiendo el camino de Jesucristo muerto y resucitado.

Todos podemos implicarnos más: en nuestro entorno, en nuestra profesión, revisando nuestra manera de pensar, de vivir y hasta de rezar.

Todos podemos implicarnos más. Podemos hacerlo denunciando estructuras injustas, con gestos sencillos de ayuda, o colaborando en procesos de desarrollo como los que impulsa Manos Unidas junto a las comunidades más pobres

Podemos implicarnos un poco más luchando contra la indiferencia, porque la indiferencia es una forma silenciosa de violencia contra quienes pasan hambre. Todos podemos implicarnos más sacando de la invisibilidad el hambre lejana y cercana.

La batalla evangélica nos da unos ojos nuevos y nos hace mirar la pobreza cercana y la lejana. También muy cerca de nosotros hay familias que viven bajo el umbral de la pobreza extrema, a las que no podemos cerrar los ojos y mirar para otro lado, o pasar de largo sin dejarnos compadecer como en la parábola del samaritano.

Todo esto a veces nos desborda. La magnitud del problema puede robarnos la esperanza y pensar que no hay remedio, que el sueño de Dios no se realizará. Pero hay una certeza que sostiene nuestra fe: Dios no quiere el hambre. La dignidad humana es la causa de Dios. Dios pasa hambre con los hambrientos y se mueve para sacar adelante a sus hijos.

Y hoy en el Evangelio nos dice cómo lo hará: contando con nosotros. Dios nos incluye en su plan.

Jesús nos lo recuerda con palabras sencillas y exigentes: “Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la luz del mundo”. Son palabras que describen nuestra misión como bautizados.

Tú eres la sal de la tierra, tú eres la luz del mundo. Es como si nos dijera: “Cuento contigo, tal como eres, con tus debilidades, con tus años, con tus dudas. Cuento contigo con las fuerzas que tengas, para iluminar en la oscuridad y dar mi sabor a este mundo”.

Como bautizados, todos juntos somos sal y luz. Esa es nuestra responsabilidad. La sal y la luz no existen para sí mismas: sirven a otros, se desgastan, se entregan. Su valor está dar sabor y preservar a los alimentos, iluminar los espacios donde habitamos. Jesús nos está enseñando que la vida del discípulo, como la suya, deberían estar orientadas a los demás iluminando y dando sabor.

Isaías también nos decía que somos luz cuando partimos el pan con el hambriento, cuando acogemos, hospedamos a quien no tiene techo, cuando no nos desentendemos del pobre y el desamparado. Cuando actuamos así brilla la luz de Dios en las tinieblas, porque los más pobres son el criterio de autenticidad de nuestra luz.

No es un ideal inalcanzable, sino una tarea permanente que hoy recibimos con el eco de Jesús de “amaos unos a otros”. Jesús hoy se pone en nuestras manos y nos invita a unir como comunidad y como Iglesia nuestra luz a la de otros, trabajando juntos. Porque la fe

no es un sentimiento privado, el Espíritu nos impulsa a la coherencia entre lo que creemos y lo que vivimos, a ser constructores del mundo que Dios sueña.

Vosotros sois sal de la tierra. Jesús nos envía con la misión de dar el “sabor de Dios” a nuestro mundo, a nuestra sociedad y a preservar en su nombre la dignidad de los hijos de Dios. Si tenemos que decir “¿a qué sabe Dios?”, podremos decir que a amor y a fraternidad. La fraternidad y el amor es el “sabor de Dios”.

El ser hijos de Dios nos lleva a ser hermanos y nos compromete a “ser guardianes de nuestros hermanos”, a tener cuidado de los más débiles, de los más desprotegidos y vulnerables.

Nuestro mundo necesita saborear así a Dios, y Dios cuenta con nosotros. Con demasiada frecuencia se imponen sabores amargos: violencia, crítica constante, confrontación, pero la misión es clara: desgastarnos como la sal y quemarnos como la luz, para hacer presente una forma distinta de vivir y de relacionarnos, al estilo de nuestro Dios.

Esto exige personas compasivas, libres de la ambición del poder y la riqueza, capaces de rechazar el individualismo y apostar por el bien común.

Queridos hermanos y hermanas: la invitación de Manos Unidas a “declarar la guerra al hambre” nos confronta con la palabra de Dios que hemos escuchado.

Apojar a quienes luchan contra el hambre es una forma concreta de construir paz.

Gracias, Manos Unidas. Gracias a todos vosotros. Gracias a tantas parroquias y comunidades que trabajáis por esta causa. Gracias a los que nos abren los ojos ante esta realidad.

Queridos hermanos, celebremos la Eucaristía; a un Jesús que se reparte, se hace luz y sal para que nosotros lo seamos. Vamos a celebrarlo creyendo y apostando por el plan que Dios tiene sobre todos nosotros.